

30 DE OCTUBRE DE 1995

# Los mexicanos en Dinamarca

**Emma Balcázar**

*Allá están,  
en tierras vikingas,  
ajenas al trópico;  
allá, con sus guisos  
picantes, su jolgorio  
musical, atenazados  
por la nostalgia  
y el análisis distante:  
mexicanos al grito  
de igüera!*

1) Café Norden Copenhague. Exterior. Mediodía.

Se escuchan ruidos de platos, vasos y cucharas. Es verano y en la plaza se bebe cerveza bajo el sol. Las mesas del café al aire libre están llenas de gente rubia y de ojos azules que no hablan ni muy alto ni muy bajo. Sonríen. En una de las mesas hay un hombre de ojos negros. Espera. Se llama Juan Valles y es presidente de la Asociación de Mexicanos en Dinamarca. Llegó hace ocho años con una licenciatura en trabajo social bajo el brazo derecho, una maestría en desarrollo humano bajo el izquierdo, siguiendo los designios de una historia de amor que lo trajo hasta Escandinavia...

—¿Cómo se formó la agrupación que usted dirige y a qué se dedica?

—Comenzó por iniciativa de algunos mexicanos que vivimos

aquí. La asociación se dedica a dar apoyo moral y a realizar actividades de tipo cultural. El primero es muy importante en el momento en que llega un mexicano y se encuentra con un sistema totalmente ajeno a su cultura. La sociedad danesa es muy especial, muy estructurada y, a la vez, muy cerrada. Al principio uno se siente como rechazado porque no se está acostumbrado al control. Aquí se necesita un número personal que se usa para todo. El recién llegado después se dará cuenta que no hay rechazo, sino que todo ese control es un sistema de protección. Estamos hablando de una sociedad de 5.2 millones de habitantes. La asociación pretende que los mexicanos que lleguen se integren lo más rápido posible.

“También tratamos de difundir la cultura mexicana a través de diferentes eventos: fiestas mexicanas en conmemoración de la Independencia, ciclos de cine, conferencias y, sobre todo, a través de la música y la danza. Hemos organizado dos eventos a los cuales vinieron aproximadamente 45 danzantes de diferentes partes de la república mexicana, para mostrar danzas aztecas y del sur de México. La asociación los apoyó con contratos en diferentes partes de Escandinavia y esto ha tenido mucha aceptación entre los daneses”.

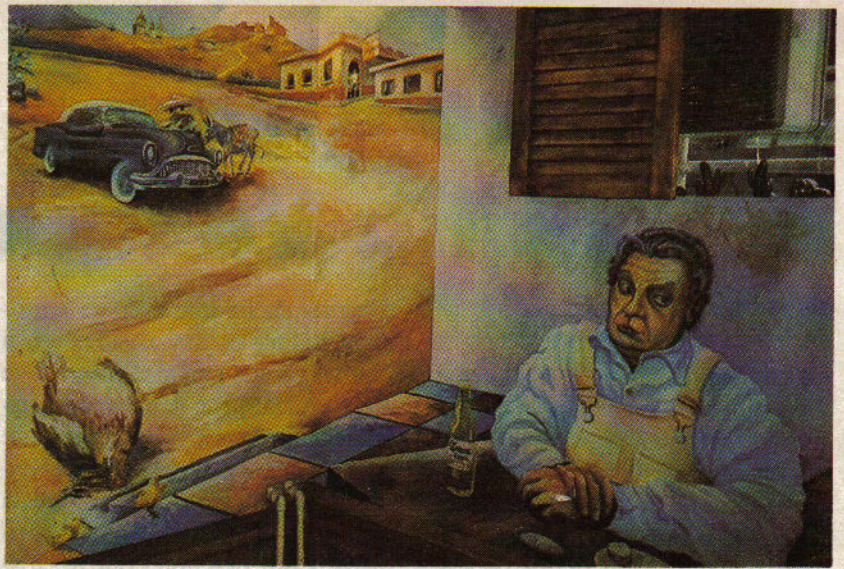
Un mesero coloca en la mesita de madera dos vasos con hielo, una rebanada de limón amarillo y dos refrescos. Bebemos.

2) Sótano de una casa. Interior. Productos La Costeña. Tarde. El sol entra por una de las ventanas que está al ras del suelo y forma figuras de luz en el piso café. El lugar está lleno de estantes y éstos de la-



Marcos Byrd  
♦Fotos:  
Scott Darse





La orquesta está tocando salsa. Aparece una mujer vestida de rojo y se pone a cantar. El lugar está lleno de gente que baila animadamente al ritmo de las percusiones y en la barra se puede ver un letrero que dice: "Bebidas tropicales". Acaba la canción y las luces iluminan a la vocalista, Lilián Ruiz, quien agradece al público inclinando la cabeza y mirando a todos con sus ojos grandes, verdemiel.

Lilián Ruiz llegó hace siete meses a Dinamarca con su marido, un percusionista danés que le da toda la libertad que necesita para seguir con la carrera artística que empezó desde que era niña, cuando estudiaba técnica vocal en la Casa de la Cultura de Morelia, Michoacán.

"En Dinamarca está de moda la salsa", comenta Lilián, sentada en una mesa y con un vaso de sangría enfrente. "A mí me ha parecido increíble ver a los daneses bailar tan contentos. No pueden bailar, no tienen ritmo, pero se sienten alegres con esta música que ha sido tan bien aceptada en Dinamarca. Aquí la gente toma cursos de salsa durante seis o siete meses, por el puro gusto de bailar. Y es interesante porque sientes que estás teniendo una respuesta".

—¿Cómo te va aquí en Dinamarca?

—Todo lo que me ha pasado es muy positivo, aunque no puedo decir que me va mejor que en México. Allá también me iba bien. Hace dos años participé en el Festival Valores Juveniles Bacardí y quedé en sexto lugar. Iba a grabar un disco de reggae antes de venir a vivir a Dinamarca. Pensaba regresar pronto a México, pero así como está la

situación ahorita...

A una orden del director de orquesta, los músicos tienen que volver al escenario.

"Con ustedes, de nuevo, Grupo Changó", dice la voz que surge de altavoces negros. Los músicos comienzan a tocar. La gente deja sus asientos para ponerse a bailar. Vasos con cerveza y copas quedan en las mesas vacías. Muchos tacones altos y vestidos rojos. A la mitad de una pieza comienza la improvisación de un sax. El hombre que está detrás del instrumento se llama Antonio Salcedo. Desde hace años es músico. Comenzó en México, en los setenta, con los hermanos Toussaint, en el grupo La Nopaleira. Relata:

—Actualmente estoy trabajando en la composición de un ballet que me inspiró la gente de Chiapas. Cuando leí los artículos acerca del levantamiento zapatista, pensé: alguien nos vuelve a decir que estamos vivos, alguien nos vuelve a decir "oye, despierta, ya te robaron todo". Creo que el baile moderno es lo suficientemente completo para expresar mis ideas y mi búsqueda.

"Yo quiero entender dónde quedó la bolita, dónde está el eslabón perdido que le causa angustia al mexicano. Esa angustia nuestra de vivir en un presente lleno de pasado.

"Hace poco leí un artículo de

Octavio Paz y me hizo darme cuenta de que en México todavía existe la maldición azteca de la barbarie. Por ejemplo, en el 68 se vuelve a sacrificar gente para un Dios, para su Dios: un tipo que está sentado en un rascacielos en alguna ciudad. Todos esos elementos los quiero fusionar musicalmente".

—¿Piensas regresar a México?

—México es un país de pobres de espíritu. Yo soy antinacionalista. El mundo es un lugar muy grande. En México se fabrica gente pequeña para hacerla trabajar. No digo que no hay cosas bonitas, pero están embarradas de pobreza y de miseria. Es un círculo vicioso donde la gente tiene depositada su voluntad en Dios o en el dinero. No es como la sociedad danesa, que es más compleja pero también más efectiva. Aquí la gente se mete en sí misma y se pone a pensar y a meditar. Eso se puede hacer gracias a la solvencia económica en la que se vive. Tal vez en México también exista eso, pero para otra gente. Para mí no lo hubo y por eso me fui..."

El lugar está ahora vacío. Sillas arriba de las mesas. Dos hombres barren la pista de baile. Salimos. Es de noche y el cielo está azul oscuro. Antonio se aleja caminando por la calle, da vuelta en una esquina y desaparece en la soledad de una ciudad vacía. ♦